

INFORMACION BIBLIOGRAFICA

Marcel Clément: CRISTO Y LA REVOLUCION (*)

En el mismo año de su publicación en Francia, aparece en España la traducción del libro de Marcel Clément *Le Christ et la Révolution*.

La postura que se observa en parte de los miembros de la Iglesia católica, según la cual ésta tiene que acercarse al socialismo y a la Revolución para integrarse en ellos —incluso a veces colocándose delante, como ha señalado Marcel de Corte— es lo que se analiza en este libro.

Señala Marcel Clément, la negación de la fe que entraña la amalgama Evangelio-Revolución, esa amalgama que, defendida por ciertos organismos sedicentes católicos y por personas —seculares y clérigos— pertenecientes a la Iglesia, constituye una verdadera violencia moral para la conciencia de los católicos, que ven cómo desde el mismo interior de la Iglesia, no sólo deja de ser rechazable lo que unánimemente ayer se condenó, sino que hoy, con una alegría entre inconsciente y malsana, quieren convertir en el único modo de cumplir las enseñanzas y la doctrina de Cristo.

Parte el autor para analizar este «viraje estratégico» de tres documentos recientes —dos católicos y uno protestante— en los que se observa en mayor o menor medida esa amalgama: el sinodal sobre la justicia en el mundo, el de la Federación protestante de Francia, titulado Iglesia y poder, y el del texto redactado por la comisión Justicia y Paz de la Iglesia española con ocasión del «Día Mundial de la Paz».

Documentos que tienen en común, indica Marcel Clément, su tono que «no refleja el espíritu del Vaticano II. La actitud de la denuncia —la palabra se repite como un leitmotiv— ha sustituido a la confianza y a la corrección paterna»; su tesis, que «con matices y perspectivas diversas, refleja indudablemente una orientación común: un rechazo global del régimen basado en la propiedad privada de los bienes de producción identificado con el materialismo»; la parte más acerada de los textos que «insinúa o explicita una condena del

(*) *Unión Editorial*, Madrid, 1972, 168 págs.

régimen de propiedad privada de los medios de producción en nombre del Evangelio».

Este «viraje estratégico», «en un tiempo en que la amalgama de las palabras «Jesús-Revolución» se ha hecho cotidiana», llevan al autor a plantearse siete preguntas que son objeto de estudio en otros tantos capítulos.

El mensaje social implicado en el Evangelio, y no en meros textos yuxtapuestos como hacen Harvey Cox o Pierre Bigo, recuerda Marcel Clément, no es otro que la liberación espiritual, la liberación del pecado y la Redención. Su contenido social «se nos presenta como la consecuencia de la vida interior de los discípulos de Cristo».

No hay, en cambio, en el Evangelio un mensaje social según el cual la liberación de Jesús consiste en la salvación histórica realizada mediante la reforma de las estructuras a través de la comunidad eclesial.

Esta liberación por el cambio de estructuras es una liberación equívoca, incompatible con la fe cristiana. Esta «liberación integral» tan común en los modernos escritos «proféticos» o socialistas, comenzó en lo político con Rousseau, en lo económico con Marx, en lo sexual con Marcuse, hasta llegar con Lanzman a afirmar que el hombre es su propio fin.

«Liberación integral», en nombre de la cual se niega el derecho natural; con ella, «la Redención de Cristo y la infusión de la gracia en la naturaleza humana se considera (...) como una liberación de las estructuras sociales basadas en el derecho natural».

Este sentido de la liberación, según el cual se rechaza la puesta en práctica de la doctrina social de la Iglesia, basada en el orden ínsito en la naturaleza, nos dice el autor, es incompatible con el Evangelio; no sólo lo ignora, sino que lo destruye.

Los ejemplos que señala Marcel Clément no dejan duda sobre la tendencia de ciertos seglares o sacerdotes militantes, en presentar el Evangelio de modo que sea imposible pensar en él, sin pensar también en la «liberación del hombre» en un sentido equívoco, por el que se llega al ensamblaje Evangelio-Revolución. Ensamblaje que tiene los caracteres de ser concertante, carecer de fundamento doctrinal, ser equívoco, no definir sino insinuar y ejercer una violencia moral.

Señala más adelante que esa presentación de los Evangelios con un contenido de «liberación temporal» equívoca y socialista, no sólo no viene implicado por la fe, ni que ésta lo autoriza, sino que tal presentación destruye la fe, así como que la autoridad del Magisterio pontificio, incluido Pablo VI, no avalan ese ensamblaje, que constituye una violación de la conciencia y que terminará con la libertad política.

INFORMACION BIBLIOGRAFICA

La demagogia religiosa, la peor de todas, dice el autor, según la cual «el compromiso de la Iglesia en la política acabará posibilitando la realización «en la tierra» (...) de un mundo en el que toda injusticia será eliminada (...), puede hacer nacer en las almas rectas esperanzas tan locas como vanas» que hará que inevitablemente se vuelvan contra la fe.

Porque «la justicia que Jesús trajo a la tierra es la reconciliación del hombre con Dios. La reconciliación del hombre con el hombre no puede ser más que la consecuencia». De lo que se prescinde al pretender reducir la religión a un mero instrumento para realizar el utópico paraíso en la tierra; con ello queda Dios en segundo plano y consecuentemente se acaba por desterrarlo.

Se invierte el Evangelio, señala Marcel Clément, de tal modo que la justicia social, exterior, se convierte en condición de autenticidad y de credibilidad para la justicia espiritual, interna. Esta inversión les lleva a preguntarse sobre la justicia de la propiedad privada. Pero en este punto, rechazándola de una manera encubierta, el «viraje estratégico» «se roza con la incoherencia», porque no cabe dudar en la doctrina pontificia sobre la necesidad de la propiedad.

Para introducir la duda en las conciencias que les lleve a rechazar la propiedad privada, presentan el panorama ante la sola disyuntiva del capitalismo opresor o del socialismo liberador, pero como señala Marcel Clément, eso es falso porque frente a esas dos posiciones se encuentra el cumplimiento del orden natural, la propiedad privada que no se confunde con ese capitalismo.

Continúa señalando que el socialismo es «la más seria tentación para el cristiano, la que más amenaza su fe»; algunos se van dejando seducir por él y trabajan en la construcción —totalmente utópica, por supuesto— de un socialismo de «rostro humano». Trabajo incompatible con su condición de cristianos, porque el socialismo y la fe cristiana son contradictorios y lo serán siempre; por lo que hacerse socialistas para predicar el Evangelio, es renunciar a predicar la doctrina católica, convirtiéndola en una religión terrena y material, en la que Dios, la Redención y la salvación eterna quedan relegados al olvido, sacrificando la verdadera doctrina de salvación y liberación espiritual, en una acción práctica que instale el paraíso en la tierra a base de la colectivización.

El socialismo es esencialmente de rostro inhumano, señala; y en cuanto a la posibilidad de un socialismo de rostro cristiano, es totalmente inadmisibile, porque el socialismo, al quererlo compaginar con la fe, no hace otra cosa que aniquilarla.

Analiza después el totalitarismo, indicando la necesidad de separar los tres poderes, político, económico y cultural, si no se quiere

caer en el más absoluto de los totalitarismos; separación necesaria para que la sociedad sea y se desarrolle conforme a los mandatos de Dios y a la naturaleza del hombre.

«En la época actual, bajo la amenaza del socialismo, es la absorción por el Estado de la propiedad privada y de la libertad de pensamiento de las familias la que aparece, en el horizonte, como la técnica del totalitarismo, y, por consiguiente, de la esclavitud».

Libro breve y claro, cuya lectura y difusión recomendamos, sobre todo útil para los no convencidos, pues sirve para abrir los ojos de quienes, alcanzados por la marea socializante, aún están en condiciones de darse cuenta, cuando se les expone, de la radical oposición del socialismo a Dios, a la Iglesia y a la naturaleza humana.

ESTANISLAO CANTERO.